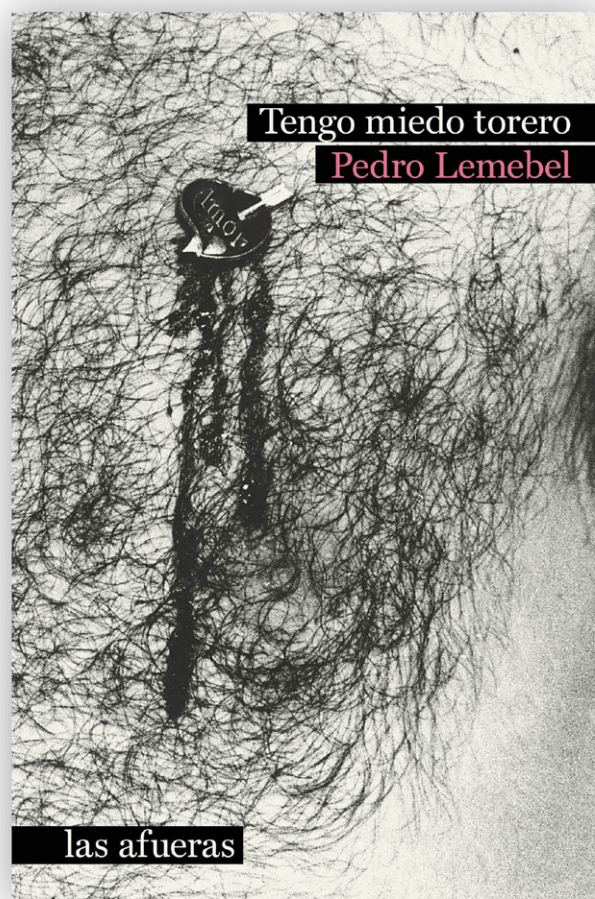


Tengo miedo torero

Pedro Lemebel

Las afueras recupera *Tengo miedo torero*, de Pedro Lemebel, una de las novelas más importantes e influyentes de la literatura latinoamericana reciente.

Una historia inolvidable que entrelaza disidencia política y sexual en el Santiago de Chile de la dictadura.



Lemebel no necesita escribir poesía para ser el mejor poeta de mi generación. Nadie llega más hondo que Lemebel. Y encima, por si fuera poco, Lemebel es valiente, es decir sabe abrir los ojos en la oscuridad, en esos territorios en los que nadie se atreve a entrar

—Roberto Bolaño

SINOPSIS

En el Santiago fantasmal y urgente de los años ochenta, entre cargas policiales y concentraciones por los desaparecidos, un joven militante que participa en un atentado contra Augusto Pinochet vive una relación con la Loca del Frente, un homosexual que lo ayuda en su acción contra el dictador.

Valiéndose de una prosa brillante y colorida, entremezclando acontecimientos íntimos y colectivos, Pedro Lemebel reconstruye, envolviéndola en oropeles y lentejuelas, al ritmo de boleros y canciones pasadas de moda, la realidad amarga y sórdida de la dictadura, abriendo fisuras en la narrativa sobre el pasado reciente de su país.

La escritura de Lemebel, con su tendencia al exceso, se entronca con la estrategia de seducción del travesti, figura con la que Lemebel se identifica, según observa acertadamente Ignacio Echevarría. Una estrategia que busca atraer la atención del espectador para ponernos frente a una realidad incómoda.

Tengo miedo torero entrelaza militancia política y disidencia sexual, escritura y oralidad, alta cultura y cultura popular. Todo tiene cabida en esta inolvidable historia de amor y amistad, considerada con justicia una de las obras fundamentales de la literatura latinoamericana contemporánea.

Tengo miedo torero

Pedro Lemebel

SOBRE EL AUTOR

Fallecido en 2015, el escritor y artista Pedro Lemebel (Santiago de Chile, 1952) fue una de las figuras más originales de la literatura latinoamericana reciente. Con la publicación de su novela *Tengo miedo torero*, Las afueras comienza la recuperación de la obra de este cronista de los márgenes, símbolo del activismo gay y la resistencia contra la dictadura pinochetista y sus herederos.

Antes de ser el autor de algunas de las crónicas más valientes, barrocas y lentejueladas (como solía decir él) de América latina, Pedro Lemebel se llamaba Pedro Mardones y enseñaba arte en un secundario. En 1982 ganó el Concurso nacional de cuento Javier Carrera y en 1986 publicó su primer libro de relatos, *Los incontables*. Poco después adoptó su apellido materno «como un gesto de alianza con lo femenino» —explicó en una entrevista más tarde— y «para abandonar la estabilidad de la institución cuentera y poder aventurarme en la bastardía del subgénero crónica».

En 1987 creó con Francisco Casas el colectivo «Las Yeguas del Apocalipsis», donde cruzaba performance, video y fotografía. Sus acciones, que abordaban desde la defensa de los Derechos Humanos, la denuncia del panorama literario y artístico chileno o la reivindicación de lo queer, supusieron todo un desacato en los tramos finales de la dictadura de Pinochet

Publicó los libros de crónicas *La esquina es mi corazón* (1995), *Loco afán. Crónicas de sidario* (1996), *De perlas y cicatrices* (1998), *Zanjón de la Aguada* (2003), *Adiós mariquita linda* (2005), *Serenata cafiola* (2008) y *Háblame de amores* (2012). En 2016 se publicó, de manera póstuma, el libro de crónicas *Mi amiga Gladys*. En 2001 debutó como novelista con *Tengo miedo torero*.



Lemebel fue un agitador furioso (Carlos Monsiváis escribió que la suya era una literatura «de la ira reivindicatoria»). Un rebelde lírico, travesti y militante que enfrentó la dictadura pinochetista a fuerza de ejercer su diferencia (política y sexual, ética y estética) y que arremetió con sus libros contra las ideas conservadoras y todavía hegemónicas sobre lo normal, lo deseable, lo visible y lo que quisiéramos creer —y revelar— de nosotros mismos.

Tengo miedo torero

Pedro Lemebel

Pienso en quienes salieron del clóset gracias a Lemebel, pero no me refiero solamente —lo que ya sería bastante— a los que después de leerlo se atrevieron a enfrentar su identidad sexual, sino también a quienes, homosexuales o no, gracias a él descubrieron o redescubrieron el brillo y el poderío de las palabras, la necesidad de una escritura, su urgencia: porque escribir de verdad, mirando a quienes amamos y a quienes odiamos de frente, y sobre todo intentando, por más que cueste o que duela, mirar hacia el fondo de nosotros mismos, es siempre salir del clóset.

—Alejandro Zambra

«Ojo de loca no se equivoca»: así firmaba la columna dominical que mantuvo por años en el diario *La Nación*. Y nos prestaba esos ojos de loca para que nosotros, sus lectores dispersos, pudiéramos mirar lo que las luces y los brillos de un país enceguecido se empeñaban en ocultar. A través de sus crónicas urbanas, Lemebel no sólo borraba las esquemáticas fronteras entre los géneros, sino que revitalizaba la literatura local y daba sentido ciudadano a las palabras que nos propinaba en la cara.

—Alejandra Costamagna

La tradición en la que Lemebel se inserta con absoluta deliberación es la que Walter Benjamin llama «la tradición de los oprimidos», que en Latinoamérica hermana a través de cinco siglos a las culturas aplastadas por la Conquista con el lumpenproletariado de las grandes urbes actuales, constituido en no escasa medida por los descendientes de aquellas. Entre estos se cuenta el propio Lemebel, que ostenta orgullosamente la condición de pobre y de mestizo. Es la memoria de los que él reclama como suyos (la memoria de los humillados, de los marginados, de los silenciados) la que invoca frente a la ficción de la Historia, ese relato, como decía Benjamin, escrito por los vencedores de ayer, que son los dominadores de hoy.

—Ignacio Echevarría

En librerías a partir del 17 de mayo

ISBN: 978-84-122440-9-0

PVP: 17,95 euros

208 páginas

Podría escribir clarito, podría escribir sin tantos recovecos, sin tanto remolino inútil. Podría escribir casi telegráfico para la globa y para la homologación simétrica de las lenguas arrodilladas al inglés. Nunca escribiré en inglés, con suerte digo go home. Podría escribir novelas y novelones de historias precisas de silencios simbólicos. Podría escribir en el silencio del tao con esa fastuosidad de la letra precisa y guardarme los adjetivos bajo la lengua proscrita. Podría escribir sin lengua, como un conductor de CNN, sin acento y sin sal. Pero tengo la lengua salada y las vocales me cantan en vez de educar. Podría escribir para educar, para entregar conocimiento, para que la babel de mi lengua aprenda a sentarse sin decir palabra. Podría escribir con las piernas juntas, con las nalgas apretadas, con un pujo sufi y una economía oriental del idioma. (...) Podría guardarme la ira y la rabia emplumada de mis imágenes, la violencia devuelta a la violencia y dormir tranquilo con mi novelería cursi. Pero no me llamo así, me inventé un nombre con arrastre de tango maricueca, bolero rockerazo, o vedette travestonga. Podría ser el cronista del high life y arrepentirme de mis temas gruesos y escabrosos. Dejar a la chusma en la chusma y hacer arqueología en el idioma hispanoparlante. Pero no vine a eso. Está lleno de cronistas con una flor estilográfica en el ojal mezuquino de la solapa. No vine a cantar ladies and gentlemen; pero igual me canta, señora mía. No sé a lo que vine a este concierto, pero llegué. Y me salió la letra como un estilete. Más bien sin letra, como una prolongación de mi mano el gruñido la llora. Parecen gemidos de hembra cobarde, dijeron por ahí los escritores del culebrón derechista. Llegué a la escritura sin quererlo, iba para otro lado, quería ser cantora, trapecionista o una india pájara trinándole al ocaso. Pero la lengua se me enroscó de impotencia y en vez de claridad o emoción letrada produjo una jungla de ruidos. No fui musiquera, ni le canté al oído de la trascendencia para que me recordara a la diestra del paraíso neoliberal. Mi padre se preguntaba por qué a mí me pagaban por escribir y a él nadie le remuneró ese esfuerzo. Aprendí a la fuerza, aprendí de grande, como dice Paquita La del Barrio; la letra no me fue fácil. Yo quería cantar y me daban palos ortográficos. Aprendí a arañazos la onomatopeya, la diéresis, la melopea y la tetona ortografía. Pero olvidé todo enseguida, me hacía mal tanta regla, tanto crucigrama del pensar escrito. Aprendía por hambre, por necesidad, por laburo, de cafiola, pero comenzaba a estar triste. Pude haber escrito como la gente y tener una letra preciosa, clarita, clarita como el agua que corre por los ríos del sur. Pero la urbe me hizo mal, la calle me maltrató, y el sexo con hache me escupió el esfínter. Digo podría, pero sé bien que no pude, me faltó rigurosidad y me ganó la farra, el embrujo sórdido del amor mentido. Y creí como una tonta, como una perra lacia me dejé embaucar por alegorías barrocas y palabreríos que sonaban tan relindos. Pudiste ser otro, me dijeron los maestros con sus babas mojándoles los pelos de profetas. A pesar de todo aprendí, pero la tristeza caía sobre mí como un manto culto. No fui cantor, les repito, pero la música fue el único tecnicolor de mi biografía descompuesta. Aquí va este pentagrama donde la historia tambaleó su trágico ritmo. Les guste o no, pulso aquí el play de este cancionero memorial.

«A modo de sinopsis», Pedro Lemebel.

Texto incluido en *Poco hombre*, de próxima publicación en Las afueras.